

Manuel Bueno
El desagravio de Blasco Ibáñez
(*La Opinión* [Puerto Rico], 22-6-1928)

Partiendo del supuesto de que Blasco Ibáñez se enclaustró como escritor dentro de los estrictos límites de la novela popular —lo cual es falso como probaremos— algunos literatos han hablado de ese género con exagerado menosprecio. Digamos ante todo, como desagravio al eminente novelista, que si en el último tercio de su vida su obra se resiste de convencional e inarmónica, lo que produjo en la edad juvenil, le da derecho a hombrearse con Pereda en los dominios de la gloria. Quien ha escrito *Flor de mayo*, *Cañas y barro*, *La barraca* y *Arroz y tartana* no está de tránsito en la literatura de su país. ¿Fue contagiado de ambiciones cosmopolitas, el eminente novelista se hacía la ilusión de haber eclipsado aquellas obras con otras de espíritu y de factura más universal? Allá él. Es una creencia que nadie que conozca a fondo el temperamento creador y la obra de Blasco Ibáñez puede tomar por lo serio. Yo tuve el honor de decirle a los postres de una comida, hace ya muchos años: «Eres el Sorolla de la literatura. El sol, el mar, el aire, el alma de los pasajes mediterráneos, no tienen secretos para ti. Esos pescadores y esos hortelanos de tu tierra, mitad moros, mitad cristianos, reparten su existencia entre los lienzos de Joaquín Sorolla y las páginas de tus novelas. Ignoro si el tipo levantino de aquella tierra evolucionará, pero cuando se le quiera encontrar en toda su pureza, habrá que buscarlo en los cuadros de Sorolla y en tus libros».

El eminente novelista no pareció muy halagado por mi apreciación. En los últimos años de su vida se le habla metido en la cabeza ser millonario, empresa que logró, y ponerse al nivel de los grandes novelistas franceses que fueron sus maestros: Flaubert, Zola y Maupassant, pretensión que no acertó a justificar. Era un hombre muy interesante para el que se acercaba a él, sin obligación de soportarle. Ingenuo hasta la puerilidad, de un egoísmo exorbitante, de un talento vario y poderoso y de una energía por nadie igualada en la literatura.

Tras una juventud borrascosa de idealismo político que le hizo arriesgarlo todo por la libertad, Vicente Blasco Ibáñez se apartó de la lucha no por flaqueza, sino por desdén de la inconstancia de las

multitudes. ¿Qué podía retenerle en Valencia y aun en España a un hombre que ya lo había conquistado todo? Yo me lo encontré una tarde, solo y triste, en uno de los pasillos del Congreso.

—¿Cómo por aquí?

—He venido a buscar a Morote... Si está en el salón hazme el favor de avisarle que estoy esperándole.

—¿Y qué? ¿Te quedas en España?

—¡No por Dios! En cuanto arregle unos asuntos personales me marchó a América.

Eso pasaba unos años antes de la guerra. Por los diarios argentinos supe las andanzas del ilustre escritor metido a colonizar tierras que no eran de su patria. Fue allá henchido de las mejores intenciones. ¿Las realizó? Como sucede siempre que un hombre extraordinario se lanza a empeños atrevidos y no vulgares, unos lo consideraron fracasado y otros dijeron que no había perdido el tiempo en la República Argentina. Lo que sé es que allá por el año 16, en plena guerra, Blasco Ibáñez no tenía una peseta, lo cual vale tanto como desdeñar por mendaces a los que discurrendo muy a la española, le suponían ya millonario. El marqués del Muni, embajador de España, nos invitó a almorzar juntos y a los postres conversamos sobre el pasado. Como todos los fuertes Blasco Ibáñez tenía una formidable potencia de olvido.

—¿Te acuerdas de nuestras cenas en Botín, con Cavia y otros amigos?

—La verdad, chico; no me acuerdo de nada de eso. Mi verdadera vida empieza ahora...

—Pero, ¿cómo es eso? Tu personalidad de novelista, en pie y erguida desde hace muchos años...

—Pero, no soy rico todavía... —contestó espaciando la mirada en una lejanía solo visible para él...

Blasco no era lo que en rigor debe entenderse por un novelista popular. Si su juvenil predilección por los humildes comunica a sus obras un típico acento sentimental son complejidades, hay en esos libros que retratan los rudos afanes de las pobres gentes de la huerta y del mar, hallazgos psicológicos y primores de color que se despegarían de la novela esencialmente popular. Si algo representa, como novelista, es la transición entre los dos géneros, esto es, entre aquel arte que va por

todos los caminos a despertar la emoción del lector y el ideal estético que persigue el literato más noblemente ambicioso, a quien no le basta con desencadenar un temporal de risas y de lágrimas en las porterías y en los pescantes de los coches. En Blasco esas dos técnicas aparecen alguna vez fundidas —recuérdese *Los cuatro jinetes* y *Mare Nostrum*— por deliberado propósito del novelista que huye de parecer un psicólogo a lo Bourget, de los que explican científicamente el adulterio y absuelven a la adúltera con tal de que haya sabido caer con elegancia en los brazos de su seductor. Blasco Ibáñez es demasiado fuerte para sentirse atraído por esas complicaciones de conciencia, que disimulan mal los ardores de los temperamentos. Es un escritor directo que designa cada cosa por su nombre, sin perder tiempo en explotar las causas posibles de nuestras debilidades sexuales para disculparlas. Lo que sabe de la humanidad lo aprendió por intuición y por experiencia sin que le haya hecho falta consultar ningún manual de psicología.

Pero su obra no puede ser clasificada como un territorio de la novela popular. Ese género requiere una inventiva inagotable y un sentimiento de lo melodramático que rara vez se dan juntos en un escritor. Por eso decía que el género dista mucho de merecer el menosprecio con que se le denigra. Una novela más o menos realista la escribe cualquiera, pero para crear *Los Tres Mosqueteros* es indispensable una fantasía que no se encuentra a la vuelta de cada esquina.